

Felix conscientia, et beata virginitas, in cujus corde nullus alterius amor, quam ipsius Christi incenditur. S. HIERON. IN EPIST.

Castitas angelos facit; qui eam servavit, angelus est. S. AMBR. LIB. I DE VIRG.

Inter omnia certamina christianorum, duriora sunt praelia castitatis: nam ibi continua pugna, et rarior victoria. S. AUGUST. LIB. DE HONESTAT. MATRIM. CAP. II.

Per humilitatis custodiam servanda est munditia castitatis. S. GREGOR. LIB. XIX MORAL., CAP. 12.

Per Moysen luxuria perpetrata, per Christum authorem pudicitiae luxuria cogitata damnatur. ID. IN MORAL.

Castitas sine charitate, lampas sine oleo: subtrahe oleum, lampas non lucet; tolle charitatem, castitas non placet. S. BERN. IN EPIST.

Véase: VIRGINIDAD.

CASTIGOS: Véase: CALAMIDADES PÚBLICAS.

Dichosa la conciencia y feliz la virginidad, en cuyo corazon interior no arde otro amor, que el del mismo Jesucristo.

La castidad hace de los hombres ángeles; el que la guarda es un ángel.

Entre todos los combates que deben sostener los cristianos, los más terribles son los de la castidad; porque aquí la lucha es continua y muy rara la victoria.

Guardando la humildad, se conserva la pureza de la castidad.

Por la ley de Moisés se prohibe la lujuria de obra; más por la de Cristo, autor de la castidad, se prohiben hasta los pensamientos lujuriosos.

La castidad sin caridad, es una lámpara sin aceite: quitad el aceite, y la lámpara no arderá; quitad la caridad, y la castidad dejará de ser agradable.

CATECISMO.

Magister, quid faciendo vitam aeternam possidebo?

Maestro, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna?

(Luc. x, 25.)

Por culpable que fuese la maliciosa intencion con que preguntó un doctor de la ley á Jesucristo, qué debia hacer para conseguir la vida eterna, con todo, no dejaba al mismo tiempo de enseñarnos, cuán loable es el deseo de instruirnos en los medios más útiles para alcanzarla. No debemos imitar la hipocresía de aquel sábio presumido; pero tenemos obligacion de enterarnos de lo que debemos practicar, para conseguir la felicidad eterna. Aquél le llamó maestro, y, sin embargo, no quiere pertenecer al número de sus discípulos: nosotros, empero, debemos reconocer su magisterio, sometiéndonos ciegamente á todo lo que nos diga. Aquél, dándole exteriormente el honor que le es debido, le despreciaba en su interior: nosotros debemos acompañar con la obediencia y docilidad interior el culto exterior que le tributamos. Aquél se jactaba de saber lo bastante, y aun más de lo bastante: nosotros debemos confesar en alta voz nuestra ignorancia. ¡Infeliz hipócrita el fariseo, que preguntaba lo que presumia saber, y en realidad ignoraba! ¡Felices los cristianos, que convencidos de que jamás saben demasiado lo que les importa para su salvacion, procuran con empeño instruirse bien! Más ¿quiénes son estos cristianos? ¿Quiénes son los que, conociendo la obligacion y la necesidad que tienen de saber lo que deben practicar para conseguir la vida eterna, procuran instruirse? Unos dicen: tenemos muchas ocupaciones; éste es el pretexto de los mundanos. Otros creen que ya saben bastante; ésta es la ilusion de los soberbios. ¡Infelices! ¿Qué excusa podreis alegar euando el Salvador os llame á juicio? ¿No somos erizados y redimidos para alcanzar la suma felicidad de ver á Dios? Y ¿cómo hemos de verle, si no le servimos en esta vida? Más ¿cómo hemos de servirle,

si ignoramos lo que nos manda? Por esto Jesucristo, respondiendo al fariseo, nos dice: *In lege quid scriptum est?* Abrid los ojos, mirad lo que contiene mi santa ley.

Todo lo que debemos practicar, todo lo que nos conviene evitar para conseguir la felicidad eterna, se encuentra reunido en un libro pequeño, pero en verdad el más útil, compendio de toda sabiduría, principio y fin de toda instruccion religiosa y moral; hablo, oyentes, del catecismo. De este libro me propongo hablaros; porque no solo estamos obligados á saber las verdades que contiene, si que tambien á meditarlas. Es esto lo que vereis en este discurso. Imploramos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El catecismo!... A esta palabra veis vagar la sonrisa en los labios de cualquiera que haya salido de la primera niñez. Ella provoca el desden de la necedad soberbia como de la sabiduría burlona! ¿Abrir un catecismo? El sabio creeria rebajarse; el hombre maduro, la mujer de mundo, el jóven, que ayer se levantó de los bancos de la escuela, apenas se persuadirian de que esta proposicion fuese formal; y hasta el ignorante, hecho ya hombre, se parapeta orgullosamente en su misma ignorancia, considerándola como un privilegio de sus años. Porque este libro se pone desde luego en manos de la primera edad, nadie se figura que pueda y deba estar en nuestras manos en edad más adelantada. En los primeros años se recorrieron superficialmente sus páginas, condicion precisa para llevar el vestido de la adolescencia. Esto basta para la vida, y léjos de estudiarlo detenidamente y con ahinco, pronto se procura olvidar lo poco que en la memoria se conservára.

Tales son, hermanos míos, las preocupaciones del mundo, y, muchas veces, hasta de una clase de cristianos que se creen perfectos con respecto á este repertorio de verdades y enseñanzas. ¡Preocupaciones ciegas, preocupaciones injustas, como ninguna otra! ¿Qué libro, sin exceptuar el mismo Evangelio, merece más la atencion, el respeto, la admiracion, no diremos solamente del cristiano fervoroso, sino de todo hombre razonable y cuerdo, como quiera que, el catecismo no es sino el sublime compendio de sus dogmas y su moral, redactado metódicamente y puesto al alcance de las inteligencias ménos aventajadas? ¿Qué obra humana comprende en un volúmen menor y más armónico, con mejor método, bajo fórmulas más sencillas, y en un conjunto más armonioso, más verdades sobre Dios, sobre el hombre, sobre la sociedad y las relaciones que unen entre sí estos tres grandes objetos de las investigaciones y meditaciones filosóficas?

Reúnanse los escritos de los más profundos pensadores antiguos y modernos, extráigase de sus conceptos lo más elevado que ofrecen sobre la naturaleza de Dios, sobre el principio y el destino del hombre, y dígasenos, si con estos fragmentos se logrará formar un todo más acabado, más sustancial, un cuerpo de doctrina más completo, que el formulado en el catecismo. ¡El catecismo! El catecismo es la más sublime filosofía, es la religion, la teología, la ciencia de Dios, la reina de las ciencias. ¡Y es posible, que desprecieis este libro, sin tener en cuenta que, en pocas páginas, encierra todos los tesoros de la sabiduría de Dios, de la sabiduría de la Iglesia, de la sabiduría de los siglos! Supongamos que este catecismo, del que apartais la vista, hubiese llegado de improviso á manos de un Sócrates, de un Platon, de un Aristóteles, de un Ciceron, infatigables investigadores de la verdad; juzgad vosotros mismos, si aquellos grandes hombres no habrian quedado confundidos de asombro, mudos de admiracion, enajenados de la complacencia que trae consigo la curiosidad satisfecha, ante la gran luz de que súbitamente hubieran gozado, en presencia de esta magnífica síntesis, que explica todos los enigmas, resuelve todas las dificultades, enlaza tan maravillosamente al hombre con Dios, la tierra con el cielo, las cosas temporales con las eternas; y todo eso con sobriedad de palabras, sin ambages ni rodeos, con tal claridad y lucidez de lenguaje, que hasta tener oídos para oír, y un corazón dócil para creer y amar!

En los libros de los sábios, mézclase mucha paja inútil con el buen grano, y aun crecen las plantas parásitas ó venenosas, que destruyen ó corrompen la verdadera semilla. En el catecismo no hay más que trigo puro, la verdad pura y sin disfraz. El filósofo investiga, vacila, tantea como en las tinieblas, y, á veces, se aproxima á la verdad; mas en el momento en que creéis que va á encontrarla, retrocede y huye al extremo opuesto, ya por el miedo que su vista le causa, ya por la inconsecuencia y debilidad de su espíritu: tal es el achaque de la razon humana abandonada á sus solas fuerzas. El catecismo no se presta á dudas, ni disputas, ni contradicciones; es pura y simplemente una afirmacion ingénuo y autorizada por la certeza que produce la conviccion; tal es la palabra de la verdad eterna. Un Dios, espíritu puro, criador de todas las cosas visibles é invisibles; un Dios cuya unidad de sustancia no obsta para la trinidad de las personas; un Dios feliz en sí mismo y por sí mismo, que, desde la eternidad, se goza en la contemplacion de su propia grandeza, y que manifiesta en el tiempo sus atributos por medio de su amor, no ménos que de su gloria;... el hombre, criado en estado de inocencia,

libre, inteligente y sensible, animado con un soplo divino é inmortal, caido luego de este estado de inocencia y felicidad por el abuso de su libertad, y condenado á los padecimientos, al trabajo, á la muerte;... el Mediador, Dios y hombre, que vino á este mundo para acercar y reconciliar estos dos extremos; que se apiada de la naturaleza humana, hasta el punto de nivelarse con ella para elevarla hasta él, glorificarla en su persona, regenerarla con su sangre, rehabitara en sus fines sublimes de conocer, servir, amar á Dios, y poseerle para siempre como recompensa, dando inmortalidad á su cuerpo y á su alma, y dejando en pos todos los medios de alimentar esta nueva vida, que él vino á dar al mundo; una Iglesia, *columna de la verdad*; la oracion y los sacramentos, medios por los cuales se nos comunica la gracia; un ministerio que continua su sacerdocio; un sacrificio, que perpetua su expiacion, cuyos frutos utiliza hasta la consumacion de los siglos: ved aqui el catecismo! ¿Dónde está el nuevo profeta, que se levantará entre nosotros, para establecer un sistema religioso más digno de la justicia, de la sabiduría y bondad de Dios, y que más satisfaga al corazon y á la razon del hombre?

Todos los hombres descendientes de un solo hombre... ; Así que, la humanidad es una sola familia; todos los hijos de Adan son hermanos sin distincion de pueblos, de razas, de colores; no más judíos y gentiles, no más griegos y bárbaros, ni dueños y esclavos: todos tenemos un solo Maestro y Señor, ó más bien, un Padre comun en el cielo! Empero, en esta igualdad fraternal de origen y destino, hay desigualdades de condicion, ó por mejor decir, contrastes armonizados, que cooperan al bien comun del cuerpo social, como en el cuerpo humano las diversas funciones señaladas á cada miembro..... De aquí procede la superioridad en el orden doméstico, religioso é intelectual; superioridad que, sin embargo, trae consigo más cargos que derechos; de aquí procede la inferioridad de ciertas clases y posiciones que, sin embargo, impone ménos deberes que ventajas trae; de aquí procede la reciprocidad de servicios en los diversos grados de la jerarquía social, que restablece la igualdad; de aquí, finalmente, proceden las relaciones de subordinacion y autoridad, sin las cuales no son posibles el orden ni la sociedad humana: tambien esto lo comprende el catecismo!... ¿Y dónde está el poderoso organizador, que establezca la sociedad sobre bases más sólidas? ¿Y dónde el sistema económico, social, *humanitario*, que pueda sustituir ventajosamente al nuestro? Sí; el catecismo es el libro por excelencia, el libro de los grandes y los pequeños, de los ignorantes y los doctos; el libro de los pueblos y los reyes; el libro de los desocupados y los laborio-

sos, de los amos y los operarios, de los productores y consumidores, de los hacendados y proletarios; y no extrañéis, amados hermanos, que insista en este punto capital, porque, olvidados de sus santas páginas, y preocupados por el malestar de que se quejan las sociedades modernas, muchísimos espíritus están elaborando un sinnúmero de proyectos de mejoramiento, restauracion social, emancipacion y progreso. ¡Triste trabajo, estéril obra, molesta pesadilla de que hasta ahora solo han surgido monstruosas teorías, que tienden, nada ménos, que á trastornar completamente el orden que Dios estableció en el mundo moral! Maravilla causa el ver, que hombres entendidos y casi todos animados de generosas intenciones, busquen muy léjos, para los males de la sociedad, un remedio, que tienen á la mano; estén tocando á la verdad, y sigan adelante como si no la vieran; esperando, que combinaciones odiosas ó extravagantes den de sí lo que les ofrecen los primeros elementos de la doctrina cristiana, y corriendo por mares desconocidos los riesgos de las tempestades y de los naufragios, con peligro de echar á pique su esquite, para coger el fruto sazonado desde mucho tiempo por el sol de la fe; ¡cómo si en punto á progreso moral, religioso y social pudiera esperarse algun descubrimiento fuera de los alcances del cristianismo! ¡Ah! dedíquense esos ilusos, esos hombres de talento reconocido y de respetable carácter, dedíquense, repito, al sencillo y humilde estudio del catecismo: lean solamente con atencion este libro, sin prevencion, con el celo y buena fe que consagran á la investigacion de los medios convenientes para curar las llagas del linage humano, y se admirarán de que en sus tristes sueños hayan ido inútilmente en pos de una solucion, que la religion de Jesucristo dió á sus problemas diez y ocho siglos há. Con la Fe, la Esperanza y la Caridad, que nos enseña el catecismo: la Fe, que presenta á nuestras adoraciones un Dios, nacido en un pesebre, pobre, perseguido y muerto en una cruz; la Esperanza, que nos promete en una vida mejor el premio de lo que habremos padecido en esta; la Caridad, que reproduce para con el indigente, el enfermo y el huérfano, los cuidados que se toma la Providencia por las aves del cielo y el lirio del valle; con estas tres virtudes, repito, sincera y religiosamente practicadas, enjugareis más lágrimas, cicatrizareis más heridas, y calmareis más dolores que con todas las panaceas universales, que los supuestos regeneradores nos pregonan desde su cátedra, como un bálsamo supremo para todos nuestros padecimientos!

2. Todavía no hemos hablado sino del catecismo considerado en sí mismo, como un compendio de la doctrina cristiana. Si ahora lo

miramos como una enseñanza, bajo este punto de vista, ofrece más vasta materia á la admiracion del sábio, y al agradecimiento de los pueblos. Enseñanza del catecismo, enseñanza moralizadora y civilizadora. El hombre sale imperfecto del seno de su madre; para conseguir el complemento de su sér, *es preciso*, segun la significativa expresion del Evangelio, *nacer otra vez: Oportet vos nasci denuo.* JOAN. III, 7. Hay una *luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo: Lux quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum,* JOAN. I, 9; luz sin la cual su espíritu y su conciencia no serian más que tinieblas. Esta luz es la palabra, no una palabra cualquiera, una palabra humana, que bastaria, á lo más, para las necesidades y relaciones de la vida de los sentidos, nó; sino la palabra de Dios, que dá la vida, el sentimiento, la inteligencia al alma; y esta palabra requiere predicadores; pues *¿cómo oirá hablar de ella si no se predica? Quomodo autem audient sine prædicante?* ROM. X, 14. Al salir del seno materno el hijo, que teneis á la vista, posee todas las condiciones de la vida material; pero si no le ilumina un rayo del cielo, no se elevará sobre el irracional, y tal vez descenderá un grado más; falto de ese instinto, que suple en el bruto la facultad de juzgar y raciocinar, no es un hombre, sino ménos que un animal. Multiplicad los séres de esa especie, y tendreis parejas de macho y hembra con sus pequeñuelos; pero no familias y sociedad. Ved ahí, pues, el grande, el inmenso servicio que la enseñanza del catecismo presta á la sociedad humana: ingiere en el sér puramente material y orgánico, el sér moral, religioso y social; y forma, no solamente cristianos, sino hombres y ciudadanos.

Algunos escritores hostiles, ó poco reflexivos, que nada ven fuera del movimiento político, científico é industrial, que los absorbe exclusivamente, preguntan, á veces, con mal disimulada ironía: ¿qué hacen nuestros sacerdotes? Y especialmente ahora, que se ha dado en pretender que el clero ejerce menor influencia, se persuaden de que el catolicismo ha caducado, que ha muerto para siempre, y que ya solo falta levantar el acta auténtica de sus funerales. ¿Qué hacen los sacerdotes? preguntais. Preguntadlo á las islas de la Oceanía, á las costas del Tonquin y de la Conchinchina, donde, para eterna gloria del cristiano, levantan á costa de su sudor y de su sangre el estandarte de nuestra salvacion, y la bandera de nuestra civilizacion. Pero, prescindiendo de estos casos en que despliega toda su grandeza y eficaz energía el carácter del sacerdote católico; ¿no veis la accion fecunda y continúa que ejerce en su ministerio ordinario sobre la sociedad, sin ruido ni ostentacion, pero dando frutos, que nunca la

naturaleza humana agradecerá bastante? Preguntais: *¿qué hacen nuestros sacerdotes?* Escuchad. Miétras con vuestros ingeniosos procedimientos y con la aplicacion de vuestras sabias teorías, trasformais las máquinas en hombres, y los hombres en máquinas, los sacerdotes, diseminados por todos los puntos del globo, se ocupan en formar séres morales, religiosos, sociales. A medida que las generaciones van naciendo, y sucediéndose, estas generaciones pasan por delante de ellos, y de ellos reciben la luz de la verdad. Toda creencia religiosa, toda idea moral, todo sentimiento de lo bello, de lo justo y de lo bueno; toda nocion precisa de derecho y de deber, con relacion á las masas populares, todo eso es fruto de esta primera iniciacion. Y no digais, que tambien lo pueden deber á la sociedad, á la educacion privada ó pública, á las luces naturales de la razon; con esto aplazarais la cuestion sin resolverla; porque, ¿quién ilumina la razon? y la sociedad, y vosotros mismos, los que hablais en su nombre, ¿de quién habeis recibido estas ideas, estas nociones, estos principios? y lo que de ellos conservan aun vuestras escuelas, ¿de dónde lo han sacado? ¿Los veis despuntar espontáneamente en la razon de los cafres y hotentotes? ¿Los veis transmitidos por la educacion á los groenlandeses y esquimales? ¿Los veis germinar y florecer en las sociedades del Cáucaso y del Thibet? *¿Qué hacen nuestros sacerdotes!* Con el catecismo en la mano, enseñan la resignacion á los pobres, la moderacion y la compasion á los favoritos de la fortuna; forman hijos dóciles y respetuosos hácia los autores de sus dias, amos humanos, criados fieles, súbditos pacíficos y obedientes á los magistrados; forman ciudadanos ilustrados y religiosos, que, dando fielmente á Dios lo que es de Dios, aprenden más y más á pagar los tributos que deben al Estado, en cambio de la proteccion á sus derechos concedida, y de la seguridad garantida á sus bienes y personas.

Esto hacen los sacerdotes. Ponen los fundamentos del orden público, sostienen sus columnas, y conjuran las tempestades que amenazan con moverlas. Porque esta mision se retrae de la pública ostentacion y se aparta de las miradas y de los aplausos, apenas la creéis digna de atencion; porque las generaciones se suceden ya enteramente formadas, saturadas de verdad y penetradas del elemento divino, no haceis caso de la mano que preparó tales frutos. Empero, intentad suprimir esta esencial y primera enseñanza, solo por espacio de veinte y cinco años; tened una sola generacion formada y crecida sin la palabra del sacerdote, del catequista, ó, por mejor decir, sin la palabra que Dios puso en sus labios; una generacion sin idea de un Dios criador, salvador, remunerador y vengador; una sola generacion

sin conciencia ni fe, sin otra ley que vuestras leyes, sin otro juez que vuestros jueces, sin más temor, con respecto al porvenir, que la amenaza de vuestras sentencias, y los preparativos de vuestros suplicios, y abiertas todas las puertas y portillos á su impaciencia; y vereis, que pasiones van á desbordarse, que tempestades van éstas á levantar, que abismos van á abrir, y que nuevos mónstruos van á salir de las entrañas de una nacion atea, para despedazar á su madre, y disputarse sus ensangrentados miembros. ¡Hecha está, por desgracia, tan cruel y lastimosa experiencia! ¿Quién no se estremeciera á la sola idea de su repeticion?

Por lo demás, no pretendo, que sin esta primera instruccion tomada de la enseñanza de la doctrina cristiana, no pudieseis obtener una civilizacion ficticia, apariencias de costumbres y de virtudes, una sociedad elegante y fina, envuelta en las galas de la ciencia, de la literatura, de las bellas artes, y espléndidamente dotada de cuanto puede hermohear la existencia material. Tendreis formas, accesorios brillantes, vana decoracion de teatro; pero el fondo, lo real, el alma, la vida, esto os faltará. Tendreis una multitud de sábios, de literatos, poetas, políticos, moralistas, artistas distinguidos, obreros hábiles, en el sentido en que S. Agustin llamaba animales de gloria, *animalia gloriæ*, á los antiguos romanos; pero esto tampoco es el hombre, tampoco es la sociedad. Tendreis el alimento perecedero, el pan que no impide morir; pero no tendreis el pan vivo, que hace respirar la fe á las naciones como á los individuos. Supongamos, por un momento, que merced á vuestros profesores de moral y á sus lecciones, hallan algunos en una naturaleza más elevada, en su interés personal, en un sentimiento de honra ó de temor, un contrapeso á sus pasiones, y un suplemento á la instruccion religiosa; ¿qué hareis con la inmensa mayoría de la poblacion, abandonada á sus ciegos instintos, á sus groseros apetitos, agriada por las privaciones y el sufrimiento, devorada por la envidia, aun más que por las necesidades? Juzgado por esos grupos de misereros obreros, arruinados, perdidos de cuerpo y alma, que ya no abren el catecismo en razon á que la máquina y el taller les absorben todas las horas para ganar su subsistencia. Jóvenes plantas, desecadas por falta de aire y de luz antes de producir sus flores, empiezan á despedir un hedor de corrupcion y de muerte, porque sus hojas no se despliegan á los rayos de la fe, y el rocío de la palabra divina no ha humedecido sus raices. Aun lo juzgareis mejor por esas gentes embrutecidas, confusamente amontonadas en los barrios bajos de las grandes capitales, que nacen, viven y mueren en sus sombrías madrigueras, no como el salvaje en su tugurio, sino

como los animales de los bosques en sus antros y cubiles, sin idea de Dios, de moral, de familia, de patria; cáncer espantoso, que invade sucesivamente los campos más cercanos, destruyendo las tradiciones santas, los sentimientos religiosos, los principios de virtud, semejante á las arenas del Egipto superior, que avanzan sobre los terrenos fértiles, como si las animara cierto espíritu de destruccion; dejando en pos el desierto, cubriendo con sus acumuladas olas los templos, las columnas, los mausoleos, admirables monumentos de la antigüedad, y amenazando con una próxima esterilidad la más rica y magnífica vegetacion del universo. En épocas de tranquilidad, un barniz de civilizacion, una apariencia de decoro y de costumbres sociales disimula el horroroso vacío, la negra realidad de esas almas degradadas; pero en cuanto sopla el viento abrasador de los motines, se presentan cuadros, de que solo pueden dar una idea los horrores y rugidos de los abismos infernales. Ved aquí el mal, que el sacerdote, con la enseñanza del catecismo, impide propagarse y generalizarse. En medio de la efervescencia y del desórden casi universal de los ánimos, nuestra sociedad vive aun, en el fondo, de ideas transmitidas por esta enseñanza, de este depósito de sabiduría y de doctrina. Dejad, pues, de preguntar, qué hacen los sacerdotes. Con las nociones de lo justo y lo injusto, con el conocimiento y sentimiento de Dios, de su temor, de su amor, inoculados en edad temprana por sus desvelos en el ánimo y en el corazon de la juventud, preparan generaciones honradas, laboriosas, pacíficas, y salvan del olvido los pocos principios conservadores que nos quedan.

3. La enseñanza del catecismo es una enseñanza popular y verdaderamente liberal, en la genuina acepcion de esta tan noble palabra, de que tanto se ha abusado. Los cultos antiguos encerraban los misterios en los templos, y los tenian, en cierto modo, bajo sello, como cosas prohibidas á las miradas y á los oidos del vulgo. Los filósofos, así antiguos como modernos, se han reservado tambien el monopolio de la verdad. Pitágoras, Sócrates y Platon daban sus lecciones á un círculo de discípulos escogidos, con prohibicion de divulgarlas. Uno de los más célebres sofistas decia: «Si tuviese la mano llena de verdades, me guardaria bien de abrirla.» Tal es el desprecio que una supersticion celosa ó una sabiduría egoista hacia del pueblo, de los pobres y de las clases inferiores de la sociedad. El cristianismo, ó la Iglesia, que es su expresion y su palabra viva, ha procedido con mayor generosidad. La Iglesia no tiene dos enseñanzas, pública la una para el vulgo profano, y privada la otra para adeptos privilegiados. La verdad dejó de ser patrimonio exclusivo de algunos sacer-